

BAJO LA CORAZA DEL GUERRERO

Las noches en Lima son frías. A menudo, cuando contemplo la luna, mi ánimo se embarga de recuerdos de mi Extremadura, mi tierra, agora tan lejana, y siento cómo el peso de los años y de las obras pasadas se amontonan sobre mi ánimo. Las vastas llanuras, los ríos mansos y la aspereza de sus montes se me antojan un refugio imposible de alcanzar. Aquí, en medio de las riquezas del Nuevo Mundo, me siento más pobre que nunca, y no es por mengua de oro ni de fortuna, mas por la carga invisible que arrastro desde que crucé el mar océano.

Acude a mi memoria mi mocedad en Trujillo, cuando andaba descalzo por los campos sin saber que mi ventura me llevaría tan lejos y me tornaría en lo que soy hoy: un hombre de armas que ha dejado tras de sí un rastro de muerte. Allá, en mis días mozos, soñaba con gestas y honra, con emular a los héroes de los cantares, con servir a Dios y a su Majestad. Nunca pensé que aquellos sueños me llevarían a mí y a tantos otros a este juego de sangre y conquista.

Cuando partí de mis tierras, lo hice encomendándome a la gloriosa Virgen de la Victoria, patrona de Trujillo, que desde lo alto del castillo guarda nuestras andanzas. Pero fue ante todo la Virgen de Guadalupe a quien confié mi misión; a ella, tan venerada en mi tierra, rogué que velase por esta empresa de conquista y evangelización, que su sagrado manto me cubriese en los momentos de peligro. En medio de la selva y en los lances más fieros, buscaba su favor y su amparo, pidiendo fuerzas para cumplir lo que entendía era mi deber ante Dios. Pero agora me pregunto si realmente escuchó mis súplicas o si, tal vez, me dejó para enfrentar el precio de mis propias decisiones.

Muchas veces me pregunto si valió la pena. Sí, trajimos a estas tierras el estandarte de

la Cruz y la lengua de Castilla, unimos reinos en nombre de nuestro emperador, pero, ¿a qué costo? Rememoro las batallas, las ciudades que cayeron bajo nuestras espadas, los clamores de aquellos que nunca entendieron nuestra lengua pero sí el dolor de su derrota. Fueron muchos los que perecieron ante nuestras armas, y por cada victoria que celebramos, hubo lágrimas que no vimos y vidas que no reconocimos.

No vine solo, es verdad; me acompañaron mis hermanos de armas, hombres tan ansiosos de fortuna y honor como yo. Pero al fin del día, cada cual carga su propio peso. ¿Quién podría olvidar al gran Atahualpa, aquel Inca que creímos un dios y tornamos en cautivo? Lo rememoro aún, sentado entre cadenas, su dignidad rota, pero todavía altiva. Fue bajo mi mando que se dio orden de terminar con su vida, y esa sombra me persigue, aun cuando cierro los ojos y procuro descanso. Y reconozco en él a un hombre de gran valor y sabiduría, un soberano digno que enfrentó su destino con serenidad y coraje, algo que pocos hombres poseen. Atahualpa no fue solo un enemigo; fue un príncipe atrapado en la contienda de mundos, y su muerte aún es una llaga abierta en mi conciencia.

No buscábamos solo oro; procurábamos un propósito, una misión que creíamos justa: traer la fe y la civilidad a un mundo que nos parecía bárbaro. Mas con cada templo que derribamos, con cada ánima que forzamos a arrodillarse, siento que traicionamos algo esencial, algo que no pertenecía ni a ellos ni a nosotros, sino a toda la humanidad. No puedo olvidar a los valientes que se enfrentaron a nosotros, defendiendo su tierra y su gente, su modo de vivir hasta el postrer aliento. No eran solo enemigos; eran hombres de honra, tan firmes en sus creencias y deber como cualquiera de nosotros. Si hubo alguna vez honor en el campo de batalla, fue compartido por todos, no solo por los vencedores.

En esos momentos de reflexión, veo claro que, más allá de la espada y la pólvora, lo que sostiene cualquier empresa —sea en la guerra, en la vida o en la fe— es la lealtad. La

lealtad de los hombres que me siguieron sin dudar, de aquellos que se mantuvieron firmes en los momentos más tenebrosos, aun cuando no compartían mis decisiones. Porque sin lealtad, no hay conquista que valga, ni sueño que perdure. He visto a muchos traicionar por un puñado de oro, olvidar sus votos y sus principios; he visto cómo la deslealtad devora las ánimas y envenena los lazos que debieran unirnos. Al cabo, los tesoros se pierden, las victorias se olvidan, pero la lealtad —esa fidelidad inquebrantable a uno mismo y a los demás— es lo único que otorga verdadero valor a nuestras acciones.

Pienso a menudo en lo breve que es la vida, en lo efímero de nuestra existencia, y en cómo desperdiciamos ese tiempo preciado en pendencias, ambiciones y guerras sin sentido, olvidando lo que en verdad importa. Mientras luchamos por gloria y riquezas, nos alejamos de lo esencial: el amor de la familia, la amistad sincera, la paz de una vida simple y honesta. Nos perdemos en las batallas, pero las verdaderas pérdidas son las que no se ven: los abrazos no dados, las palabras no dichas, los momentos que dejamos escapar. Cada día es un día menos para reconciliarnos, para perdonar y ser perdonados, para compartir con aquellos que amamos y que algún día ya no estarán.

Y en medio de estas cavilaciones, no puedo sino pensar en lo injustas que serán las críticas de aquellos que, desde la quietud de sus hogares, juzgarán nuestras acciones sin haber conocido jamás los sacrificios que hicimos por cada victoria. Ellos no sabrán de las noches sin sueño, de los cuerpos llagados y de las ansias de morir de tantos buenos paisanos que entregaron su vida en esta empresa. No recordarán a los que cayeron por la lanza del enemigo ni a los que sucumbieron en los pantanos y en los páramos, lejos de sus tierras y sus familias. Es fácil señalar desde lejos los yerros y las crueldades de esta conquista, pero pocos entenderán el peso de las decisiones que nos vimos obligados a tomar, los juramentos hechos a Dios y a la Virgen, y las lágrimas de los hombres que jamás volverán a ver sus hogares.

¿Y qué de mi Extremadura? Allá los cielos eran más claros, las noches más serenas. Aquí, bajo el peso de mi propio legado, la nostalgia me golpea como un martillo implacable. Recuerdo las encinas y los campos de trigo, los pueblos pequeños donde todos se conocían. Allá no había riquezas fulgurantes, pero tampoco la culpa que ahora arrastro como una losa. Solo puedo imaginar que, tal vez, en algún rincón de esas tierras aún hay un lugar para mí, un rincón donde expiar mis culpas y hallar la paz.

Pido perdón tanto a Dios, como a quienes ahora leen estos párrafos dictados a mi escribano con la torpeza del hombre arrepentido. Tal vez en muchos casos no obré bien, o hubiera podido proceder de otro modo, no lo sé; juzgue el tiempo y la memoria mis acciones, pero sepan que en todo momento pretendí actuar de manera recta, y a quienes ahora tanto critican mis hechos, tal vez, de haber estado en mi lugar, no hubiera actuado de otro modo.

El son de los tambores indios aún resuena en mis oídos, como un eco que me recuerda que el pasado no se puede mudar. En mis postreros años, sueño con tornar a esa Extremadura que dejé, a esa vida sencilla que nunca tuve, porque aunque conquisté un imperio, en el fondo me siento un hombre derrotado. ¿De qué sirve la gloria si no hay redención? ¿Qué vale la evangelización si fue hecha con sangre?

Ahora, mientras contemplo estas tierras que un día deseé con toda mi ánima, solo me queda el amargo consuelo de los recuerdos. No sé si Dios me perdonará por cuanto hice en su nombre, mas espero que algún día, en mis postreros momentos, pueda sentir la paz que solo existe en los campos de mi amada Extremadura, rodeado de los que amo, lejos de las guerras y las contiendas, recordando que la vida es breve y que solo el amor, el respeto por los demás y el perdón son eternos.

FIN